Editorial

En este mundo de competencia biológica entre las especies, la humanidad se vio y se ve periódicamente agredida por distintas enfermedades, algunas de las cuales se extienden a grandes grupos sociales constituyendo epidemias, y aún más afectando a los habitantes de varios continentes, lo que denominamos pandemias.
Hoy padecemos de una enfermedad estacional, La Gripe, que de por sí constituye una pandemia frecuente que se repite año a año y afecta a todas las poblaciones y se caracteriza por ser producida por un virus mutante que no deja que nuestro sistema inmunológico produzca anticuerpos verdaderamente eficaces.
En la actualidad se desató una ansiedad pública desproporcionada, y un accionar de las autoridades sanitarias muy deficiente ante una enfermedad muy infectiva que enfermo a bastantes menos, que se complica menos aún, que tiene una baja mortalidad y no deja secuelas.
Pero algo sí quedó claro y expuesto. La deficiente actitud higiénica de nuestra población. A lavarse las manos se anunciaba reiteradamente, cuando eso debería ser habitual; taparse los orificios buco nasales al estornudar para evitar la difusión aérea del virus. Nuestros abuelos nos recomendaban “Tápese la boca, no sea mal educado” y además la muy deficiente actitud del Estado cuyas autoridades sanitarias no informaron a los centros asistenciales de protocolos de actitud terapéutica, ni a los centros de concentración de personas (colegios, clubes, centros de esparcimiento) de normas de circulación. Y cuando lo hicieron fue de modo desordenado, no claro, perdiendo el control de la información e induciendo al pánico que es lo que se debería evitar.
Dentro de este contexto, el odontólogo como integrante del cuerpo de profesionales "agentes de la salud", no puede ni debe eludir su responsabilidad en el control de las enfermedades infecciosas, evitando la difusión de microorganismos potencialmente patógenos, e integrar un cinturón de vigilancia permanente a fin de alertar sobre la posibilidad de aparición de epidemias y colaborar en su control. Además de constituirse en educador de normas higiénicas que ayudaran a minimizar estos flagelos.
Mientras el desorden impera, la epidemia va pasando, pero lo que no debemos dejar pasar es la enseñanza de incentivar actitudes higiénicas a la población siempre y no esperar la emergencia y que el Estado organice los canales de comunicación y que tenga y ordene medidas y protocolos ordenados sin importar el funcionamiento de turno para evitar volver a reflotar nuestras debilidades en la próxima epidemia.

Carlos Vaserman
Director del Departamento de Bioseguridad